



AVISOS

NOTICIAS DE LA REAL BIBLIOTECA
AÑO V, Nº 23. OCTUBRE-DICIEMBRE 2000

EL ITINERARIO DEL LIBRO.
RUTA CULTURAL.
«EL CAMINO DE SANTIAGO».

El Itinerario del Libro es una iniciativa del Consejo de Europa en el contexto de su Programa Rutas Culturales.

El Consortium of European Research Libraries (CERL) y la École Nationale Supérieure des Sciences de l'Information et des Bibliothèques (ENSSIB) de Lyon desarrollaron la propuesta. Es parte esencial del proyecto recabar el apoyo de especialistas para garantizar la calidad de la información. Desde los comienzos se ha tratado de implicar a un largo espectro de instituciones que se ocupan de la historia del libro: bibliotecas, museos, departamentos universitarios o autoridades locales vinculadas al turismo cultural.

El proyecto piloto es la Ruta Cultural «Emilia-Romagna», desarrollado por la Soprintendenza per i beni librari e documentari in Bologna. Hasta el momento se ha incorporado información sobre estas bibliotecas:

- Biblioteca Comunale dell'Archiginnasio, Bologna.
- Biblioteca Provinciale Cappuccini, Bologna.
- Casa Carducci, Bologna.
- Istituzione Biblioteca Malatestiana, Cesena.
- Biblioteca Comunale Ariosteas, Ferrara.
- Biblioteca Palatina, Parma.
- Biblioteca Comunale Ciassense, Ravenna.
- Biblioteca Civica Gambalunga, Rimini.

La Real Biblioteca coordina en el marco de este proyecto la iniciativa «El Camino de Santiago». Peregrinar de hombres y libros han dejado un hilo conductor que el actual caminante puede seguir a través de las bibliotecas y archivos que jalonan el Camino. El resultado final de El Itinerario del Libro «El Camino de Santiago» será una página Web que recoja la información de cada una de las bibliotecas y archivos participantes. Se hospedará en el sitio del CERL y podrá ser referenciada desde los sitios Web de cada organismo participante.

(Información: <http://www.cerl.org/itinintr> y <http://www.patrimonionacional.es/realbiblioteca>).

ENCUADERNACIÓN, PARA SU MAJESTAD LA REINA, DEL EJEMPLAR DEL «PREMIO REINA SOFÍA DE POESÍA IBEROAMERICANA»

El «Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana» ha sido concedido este año a *Marea solar, marea lunar*, de Pere Gimferrer. De la tirada en papel de hilo, realizada por la Universidad de Salamanca, se entregará un ejemplar a Su Majestad la Reina, encuadernado por Manuel Bueno. De esta forma se prolonga la iniciativa de Patrimonio Nacional, inaugurada en 1992, que tiene como objetivo enriquecer la colección de encuadernaciones de lujo con cifra real de la Real Biblioteca y mantener la tradición de la copia de presentación de obras realizadas bajo el patrocinio de la Corona.

El encuadernador Manuel Bueno, de la escuela de Brugalla, es una de las personalidades más destacadas en el ámbito de la encuadernación artística. Su obra ha estado presente en numerosas exposiciones nacionales e internacionales y ha sido objeto de prestigiosos galardones, entre los que se cuentan, por citar los más recientes, el Primer Premio Nacional de Encuadernación del Ministerio de Educación y Cultura (1999), el Premio en Cento Maestre per la Rilegatura d'Arte (Masserata, 1997) o el Premio de Amis de la Reliure (Venecia, 1999).

La encuadernación realizada para esta ocasión, con la única premisa de contener la cifra de la Reina Doña Sofía, responde a esta descripción:

Encuadernación artística con cifra real. Realizada en marroquín azul real, en mosaico de nueve colores y hierros dorados y platinados. Decoración simbólica, evocando los términos mar, sol y luna del título del poemario, desarrollada en los dos planos. Proa de barco en la tapa posterior que se extiende en diez velas de colores a la anterior. Figuras de sílfides en hierros dorados y platinados cuajan las tapas. Cortes dorados. Cincelado el corte de cabeza con la cifra de Su Majestad la Reina Doña Sofía, sobremontada con la corona real, rodeada de hierros de sílfides. Contratapas con hierros dorados y perla mosaicada color calabaza y papel francés pintado a mano en directo con tubos de color. Filete dorado en el canto. Primera guarda de papel pintado en el Taller Artesanal del Ayuntamiento de Madrid, realizado por la Reina Doña Sofía en el curso de una visita efectuada en 1988. Difuminada en el papel su cifra "S" hecha mediante stencil. Segunda guarda en papel de aguas gris y rojo. Lomo redondo. Título rotulado en oro. Camisa de protección en holandesa del mismo papel de la contratapa con bandas en piel delantera y posterior. Estuche del mismo papel de la contratapa, ribeteado en piel, filetes dorados con perla mosaicada color calabaza en la embocadura. Interior de veluto. Fimada «Manuel Bueno» en la cabeza de la contratapa superior y «M.Bueno» en el pie del estuche.

LOS PREMIOS BIBLIOGRÁFICOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

CONCHA LOIS
(Biblioteca Nacional)

La convocatoria de los premios bibliográficos de la Biblioteca Nacional se instituyó en virtud del Decreto orgánico de 3 de diciembre de 1856 y el Reglamento del 7 de enero de 1857, que sustituían a las Constituciones de 1761. Además de ésta y otras medidas, «se encomendaba a la Biblioteca la publicación de un *Boletín Bibliográfico* sobre el movimiento literario español, equivalente a una bibliografía nacional en curso, y la redacción de un *Diccionario biográfico y bibliográfico de todos los escritores españoles*», con lo que «la Biblioteca Nacional se convirtió en la principal impulsora de los trabajos bibliográficos en España, con premios anuales que promovían el interés tanto de los bibliógrafos como de los bibliotecarios» (1).

Desde 1857 y hasta 1953, se han convocado anualmente, con algunas interrupciones, 89 concursos, y concedido premios en 49 ocasiones. Recibieron el premio 72 obras, en las dos variedades de la convocatoria: bibliografías y bio-bibliografías. La Biblioteca Nacional publicó 51 de estas obras y adquirió 26. La calidad de los trabajos premiados es en general notable, sobre todo en la primera época, y muchos de ellos no han sido superados en la actualidad. Algunos se han publicado en edición facsímil en los últimos años, debido fundamentalmente a la importancia que adquieren las fuentes para la historia local en el Estado de las autonomías. Otros trabajos todavía permanecen inéditos, a pesar de su calidad (2). Juan Delgado Casado ha estudiado exhaustivamente los premios bibliográficos de la Biblioteca Nacional con motivo de su tesis doctoral, recientemente publicada (3).

De acuerdo con la importancia que adquiere la Biblioteca en estos años en el cuidado y conservación del patrimonio bibliográfico español, y el papel de los premios bibliográficos en el fomento de la bibliografía nacional, no es casual que la mayor parte de las obras presentadas y premiadas en el concurso de bibliografía sean tipobibliografías, repertorios bibliográficos sobre un lugar o biobibliografías de escritores de un territorio o localidad determinados. En el primer grupo destacan, entre otros muchos también premiados, los trabajos de Pérez Pastor sobre la imprenta en Toledo, premio extraordinario en 1885, Madrid y Medina del Campo. María Luisa López-Vidriero ha analizado el significado de los premios bibliográficos en relación con la historia del libro en nuestro país en un trabajo reciente (4).

También recibieron premios algunas valiosas bibliografías temáticas como las de Emilio Cotarelo o Cayetano Alberto de la Barrera sobre teatro, la de Alenda y Mira, sobre fiestas y solemnidades, aún no superada y de referencia obligada en nuestros días, la de Gómez Imaz sobre la guerra de la Independencia, la de botánica de Manuel Colmeiro o la agrícola de Antón Ramírez, la de Rada y Delgado sobre numismática o el repertorio del conde de la Viñaza, sobre las lenguas indígenas de América. Igualmente reseñables son el diccionario de Cotarelo y Mori sobre calígrafos españoles y la *Biblioteca de escritoras españolas* de Serrano y Sanz, continuada recientemente por María del Carmen Simón Palmer.

La reanudación de la convocatoria de los premios suscita de nuevo el interés de bibliotecarios y bibliógrafos. Las nuevas tendencias en los estudios de historia del libro y la lectura ofrecen un amplio campo para los trabajos de carácter bibliográfico. Desde la descripción y el análisis de colecciones privadas o públicas, hasta los diversos trabajos de bibliografía material, así como las bibliografías especializadas, son en la actualidad fuentes de gran interés para la investigación histórica en torno al libro y para la historia de las ideas y la cultura. La evolución de estos estudios históricos en los últimos años permite vislumbrar un cambio en el planteamiento de los trabajos bibliográficos.

Desde el inicio de su nueva etapa, en 1995, los premios de Bibliografía se han concedido en colaboración de la Biblioteca Nacional con la Asociación Española de Bibliografía. Las obras premiadas en esta etapa han sido:

1995- Isabel PÉREZ CUENCA, *Catálogo de los manuscritos de Francisco de Quevedo en la Biblioteca Nacional*, Madrid, Ollero & Ramos, 1997.

1996- Juan Antonio YEYES ANDRÉS, *Manuscritos españoles de la Biblioteca Lázaro Galdiano*, Madrid, Ollero & Ramos, Fundación Lázaro Galdiano, 1998.

1997- José Luis GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, *La «Librería Rica» de Felipe II: Estudio histórico y catalogación*, San Lorenzo del Escorial, Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas, 1998.

1998- María Grazia PROFETI, *Per una bibliografia di Lope de Vega. Opere non drammatiche a stampa*.

1999- Giuseppina GRESPI, *Traduzioni castigliane di opere latine ed italiane contenute in manoscritti del xv secolo presenti nelle biblioteche di Madrid ed Escorial. Contributo ad un inventario*.

A diferencia de la etapa anterior, en la que la Biblioteca Nacional se hizo cargo de la publicación de la mayor parte de las obras premiadas –si bien algunas no llegaron a editarse por falta de presupuesto–, en los últimos años las bases de la convocatoria no incluyen el compromiso de publicar las obras premiadas. Tres obras han sido ya editadas por editoriales privadas o instituciones; las dos últimas permanecen inéditas.

El último premio, de 1999, es una valiosa fuente para el estudio de la vida cultural en Castilla en el siglo xv, ya que no existe un catálogo exhaustivo de estas traducciones manuscritas.

Es deseable que la Biblioteca Nacional mantenga la convocatoria de estos premios, que deben servir de estímulo a la recopilación de fuentes para el estudio del libro y su historia desde nuevas perspectivas historiográficas.

(1) Manuel Carrión Gútiérrez, *La Biblioteca Nacional*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1996, pp. 47-48.

(2) Juan Delgado Casado, «Un repertorio de seudónimos, anónimos, anagramas e iniciales de José María Nogués», en *Pliegos de Bibliofilia*, 9, 1^{er} trimestre 2000.

(3) Juan Delgado Casado, *Los premios de bibliografía de la Biblioteca Nacional*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000.

(4) María Luisa López-Vidriero, «Los estudios de historia del libro en España durante el siglo xx», en *La Bibliofilia*, CII (2000), n. 1.

LAS DISIPACIONES DEL CARTÓGRAFO THEODOR GLYCK
PABLO ANDRÉS ESCAPA

Del cartógrafo holandés Theodor Glyck únicamente sabíamos de su propensión a la invisibilidad y de su clausura en una cárcel de Burgos, pasado el medio siglo XVII. Ambas condiciones –la invisible y la prisionera– están conciliadas en un extraño cuadro del pintor de Friburgo, afincado en Aix-les-Bains, Pieter Moss. En un alarde elíptico, por no decir tenebrista, el pincel de Moss nos deja ver una mano del cartógrafo aplicada a dibujar un mapa sobre un pergamino. El fulgor que revela la mano es ojival y se derrama de la altura. El resto del lienzo es oscuridad de la que únicamente nos redime el título: *Retrato de Theodor Glyck en su celda de Burgos, 1661*. Si la provisión de azar que gobierna el mundo y su memoria no nos tuviera acostumbrados a sus laboriosos caprichos, podríamos atrevernos a negar que la pintura de Moss está inspirada en el recóndito testimonio de un tal Marcos Picavia, que en febrero de 1662 depuso ante un secretario de la Santa Inquisición estas curiosas palabras: «Como un milagro, en el estrangulamiento de luz que la saetera dejaba morir sobre la piedra húmeda del suelo, surgió la mano blanquísima de Glico, la cual, con la pluma que antes dije de faisán y sobre el dicho pergamino, dio en aventurar la mansa curva con que la ínsula de Barbanaglia entretiene dulcísicamente el mar por su costado más remoto». El manuscrito con la deposición de Picavia sobre el prisionero Glyck –o Glico– es parte de la herencia archivística que Sir Archibald Lorimer ha decidido preservar de la curiosidad erudita en su casa de campo en Dartmoor. «Mi abuelo confiaba en el prestigioso horror de Baskerville para alejar a las visitas; yo me limito a recomendar a los pescadores de truchas que acceden a mi propiedad que eviten la niebla, y que empleen imitaciones de la *Whickham's Fancy* al ponerse el sol», reconoció el caballero inglés en la carta que acompaña el envío del testimonio de Picavia. «No me consta que ese tal Moss tuviera conocimiento de nuestro archivo familiar. Acaso mi abuela Loretta, que acudía a tomar las aguas de Aix-les-Bains por razones periódicamente sentimentales, pudo haber intimado con el pintor y hablarle del cartógrafo. O tal vez no», vacila Sir Archibald en otro párrafo. Ofrecemos ahora un resumen del curioso documento que debemos a la amabilidad de este dilettante caballero inglés. Lorimer es un entusiasta defensor de la doma clásica –al modo ilustrado por el duque de Newcastle en su célebre método de vestir caballos– y de la teoría que ve en el temblor que experimenta el mar las noches de plenilunio, una causa determinante de la fluidez con que los equinos del mundo, aun los que dormitan lejos de los acantilados, abandonan su sopor para intercambiar relinchos hexamétricos. Mucho nos tememos que esta propensión de Sir Archibald a la hipérbole haya perjudicado el rigor de la transcripción que nos remite. En el peor de los casos, los hechos referidos en el documento no rebajan el misterio del cuadro de Moss, que sigue seduciendo a los alegres bañistas de Aix-les-Bains en el recibidor del hotel Bourget, al final del paseo que conduce al lago desde la estación.

[...] «Que este Glico era de hechura más bien recia, tez encarnada y cabellos casi blancos, como dicen que abundan por aquella parte de la Frisia, de donde dijo que era natural. Tenía su voz calidades tan amables que parecía anuncio de primavera y de venturas, y más querencioso se hacía su sonido porque hablaba poco. Era gran dogmatizador, que solía acordarse en hora mala del Papa y sus cartógrafos cuando yo le preguntaba si con el mapa de Ortelius podía descubrirse la Península Hiperbórea, donde es fama que se ignora la tristeza y que un hombre elige el día de su muerte. Nosotros, confiados a la oscuridad, lo único que sabíamos del tiempo es que corría contrario a nuestra salvación, y que la triste luz que permitía la saetera trazaba un arco más severo cada día sobre la piedra que iba endureciendo nuestros cuerpos. A veces no se oía rumor alguno que nos advirtiera de nuestra estancia en el mundo, y en esa suspensión terrenal no fueron pocas las ocasiones en que creí yo estar solo y olvidado de cuantas obras se atribuyen al Creador. Mucho pensé en horas tan apagadas de ruidos en aquel verso del maestro fray Luis, que bien me pareció que tanta añoranza de retiro solo puede alumbrarse cuando no falta compañía y es segura la luz. Llamaba yo entonces a mi compañía en voz alta solo por oír algún sonido que aliviara tanta soledad. Y respondía él con aquella voz dulcísima: «aquí estoy, Marcos». Muchas veces lloré calladamente de gratitud.

[...] Un día oímos la voz de un avecilla que Glico, después de escuchar un rato, juzgó alondra. Y fue por discutir de aquel canto –que yo tenía por de ave más menuda– como vinieron a revelármeme las artes admirables del holandés. Desde la oscuridad en la que hablaba, Glico díjome que el pájaro aquel que tantas salutations nos traía era en realidad un antiguo galeote que volvía por agradecerle una carta de navegar que le trazara hacía varios años en Amberes para alcanzar la ínsula de Barbanaglia, donde muy luego de haber puesto pie en tierra, haber bebido por orden de las tres fuentes que le marcó en el mapa y haber dormido la noche según le mandó, con los grillos enterrados en la arena de la playa, de hombre esforzado había logrado despertarse hecho avecilla. Y aunque bien sabía yo que la prisión de Glico era por vender entre los peregrinos que iban a Santiago mapas fabulosos que acercaban el Pórtico de la Gloria, y hasta por fingir leyes que imperaban en deseables parajes ignorados de todos menos de su fantasía, me dejé vencer por el sueño de ser pájaro en república tan distante de penurias.

Muchas horas dediqué yo a saber de esa ínsula de Barbanaglia, adonde me explicó la voz prometedora de Glico que solo pueden llegar quienes han sido antes prisioneros. Cuanto más preguntaba yo, menos quería contar él –que bien cierto es aquello de que no hay tan grande ilustración como el silencio– y se amparaba en la oscuridad y en ignorancias que solo dejaban saber que aquella ínsula distaba tres mil leguas lombardas de los remolinos de Caribdis, en dirección al país de los Arimaspios; y que solo se llegaba a bordo de falúa portuguesa, y que la única manera de poner pie en tierra de Barbanaglia era teniendo el alma pura y desembarcando con esa provisión el día de la Natividad, que el calendario restante era dominio de crudas tempestades cuya furia, sin embargo, no se dejaba sentir en la ínsula; que reinaba siempre en Barbanaglia tempero amable y no había necesidad de alimento para sostenerse, que todo se pasaba en delefatar la vista con la forma perfecta de los árboles y las criaturas que la moraban, y en mantener en armonía con la ínsula el alma libre de cizañas. Y así otras mil condiciones parecidas que hacían más deseable la vida en parte tan liviana. De suerte que con estos discursos tan discretos empecé a apretarme el tiempo por no saber en qué día vivíamos –si mañana de mayo o pronta noche, tan engañosa era la luz estrecha de la saetera–, ni si alguna vez podría verme libre de prisión con el alma esclarecida y provisto de falúa portuguesa. Y tanto debió crecer en mí la impaciencia que Glico respondióme un día que de esa Barbanaglia sabía la alondra más que él mismo y que había que esperar a que cantara nuevamente para ver qué más contaba.

[...] Por fin dijo más aquella sombra amiga, que era para mi esperanza de prisionero la voz de Glico: que en Barbanaglia la Natividad coincidía con el tiempo en el que estábamos, porque duraba todo el año, y que salir de prisión tan recia como la

que nos retenía era cosa fácil si se sabía la ciencia de las proporciones áureas que fray Luca Pacioli había dejado escritas, y la aplicación que de ellas hiciera el célebre Fanto Fantini, que con la sola ayuda de su mente dejó atrás una prisión hexagonal que lo retenía en cierto rincón de la Toscana (*). Cantaba la alondra junto a la saetera cuando Glico callaba, y entonces creía yo reconocer en su voz los acentos melodiosos de Barbanaglia, la rompiente de las olas en su playa y el color cambiante de los frutos bajo el sol. Y pedíle muy encarecidamente a Glico que me describiera una vez más la forma perfecta de la ínsula y que me enseñara el arte mental del tal Fantini para verme libre y en disposición de navegar hasta reconocerla. Glico sonreía en la oscuridad, lo sé. Pero ya no vi nada extraño en que privados como estábamos de todo menos de sombra amarga y de tristeza, sacara él de donde solo Dios podrá saberlo un trozo de pergamino y dispusiera de luenga pluma de faisán, y de tinte-ro lleno, para aplicarse a trazar, a la penosa luz de la saetera, el perfil amable de la ínsula de Barbanaglia.

[...] En reino de oscuridad completa, tumbéme desnudo con los brazos extendidos y abiertas las piernas, como mi maestro me mandaba. La punta de mis dedos tocaba los dedos del que me guiaba para salir de la prisión, y tanta era mi esperanza de abandono que cerré los ojos con fuerza, cuando no fuera necesaria más tiniebla de la que ya había para dejar que el alma mansamente se asomase a los labios, que era la condición primera que Glico había enunciado para verme libre. La segunda, descubrirme desde el aire, privado de la prisión más grave de todas, que es ser ceñido de cuerpo adolorido y mortal; la última, olvidarse del mundo, que adelgazada la memoria de tan pesado lastre, sería yo como luz que cruza fácilmente la saetera o que burla la tiniebla de un pozo para reposarse en el premio oculto del agua. Con palabras tales se expresaba mi maestro tendido en lo oscuro junto a mí. Y muy sutil, digo, había de ser aquella ciencia suya, o más débil mi esperanza de volar de cuanto yo creía, que ante Dios y este tribunal declaro que todo fue como él anunciara: que primero sentí en los labios una dulcísima caricia que hacía olvidar otra sed acumulada que no fuera la de elevarse de este mundo, y elevado vi después, como a plena luz del día –y sé que era noche oscura la que nos cercaba– mi pobre cuerpo desnudo sobre el suelo, y el de Glico, que parecía dormido. Y en ese trance de verme junto a él tan desvalido, tuve miedo de que mi amigo no fuera a despertarse y yo quedara solo en tan raro viaje. En medio de la terrible duda reconocí el mapa de la ínsula entre los dos cuerpos que yacían y quise descender a recogerlo cuando la mirada podía solazarse ya en la vista de las estrellas que se anunciaban por la altísima saetera. Fue entonces cuando noté que los labios, que habían conocido tanta frescura un rato antes, casi me abrasaban, y abrí los ojos y enfrentéme a la antorcha cruel del carcelero, que voceaba reciamente y maldecía su suerte por haber dejado escapar a un prisionero. Volví yo aturrido la cabeza al lugar donde reposara mi maestro y nada de él se me ofreció a los ojos. Ni sus ropas ni el mapa de la ínsula de Barbanaglia que para mi recreo había dibujado al resplandor de la saetera.

[...] A la décimo cuarta proposición respondo que Teodoro Glico no era demonio *sub specie carnis*, como ahora quieren, sino hombre y bien robusto, cuando no fuera él mismo un ángel que Dios puso en mi camino por curarme de tanta soledad, que así han de hablar los ángeles, con esa dulzura en la voz que sabe descifrar reinos remotos donde las almas vuelan a su anchura y siempre hay día; que si de algo deben acusarme con más rigor del que yo me acuso ahora es de haber vacilado en mi fe de seguirlo a través del angostísimo pasaje de la saetera, por donde Glico fue a perderse aquella mansa noche que dijo era la vigésima de la Natividad en Barbanaglia.

A la décimo quinta y última respondo lo que ya dije en la audiencia pasada: que ahora son dos los cantos que entretienen mis horas, no sé si voces de galeote o de alondra o de ave más menuda, como fue siempre mi parecer, y que fray Pedro de Yepes, cuando vino a tomarme confesión, también las oyó y se distrajo con su música, aunque más quiera negarlo. Y advierto que en la voz de la segunda avecilla reconozco aquella música con que solía hablarme el maestro Glico en la sombra compartida, que era anuncio de aguas puras y de tibia arena donde descansar ya sin enojos. Y digo más: que confunda Dios a quien niegue lo que yo sé oír, que dice el avecilla que las leguas que separan mi prisión de Barbanaglia son menos a cada hora, y que los cartógrafos que Su Santidad aprueba y por los que Su Majestad Católica va ganando el mundo, siguen errando en ignorar tan preciosa ínsula en sus pobres mapas...».

Sir Archibald Lorimer da por hecho que el prisionero Picavia se disipó, como su maestro, pero en una hoguera. Con su inusual gusto por la mixtificación, supone que el humo desprendido del fuego iba ganando el cielo en apreciable forma de falúa portuguesa.

(*) Sir Archibald Lorimer nos advierte en una nota: «De la singular peripecia de Fanto Fantini della Gherardesca, de su perro Remo, que escribía en etrusco, y de su caballo Lionfante, que supo pronunciar un exquisito discurso ante el Senado veneciano en elogio de su dueño, deben leerse las páginas que don Álvaro Cunqueiro le dedicó en *Vida y fugas de Fanto Fantini* (el episodio de la cárcel geométrica en págs. 92-99 de la edición inglesa). Don Álvaro –prosigue Lorimer– no advierte en su monografía que el caballo Lionfante fue un regalo que le hizo a Fanto el barón Detourt a cambio de una planta de laurel. Fue mérito de Fanto transformar en dulce prosodia toscana el rudo acento sajón con que se pronunciaba vernáculamente el caballo».

